



COLEGAS

¿Enseñar a leer para el 2000?

por Lino Gosio

Es conveniente aclarar que la mayor parte de las reflexiones que aparecen en este artículo, maduró en un encuentro-debate con estudiantes de una escuela de magisterio sobre los problemas de la lectura en la escuela elemental⁽¹⁾. Nos parece útil decirlo, sobre todo por la importancia que el análisis del problema reviste desde una perspectiva juvenil.

El debate empezó ante un problema de fondo: una verdadera y auténtica «quaestio» que se ofrecía a las libres «disputationes» de los estudiantes, en base a algunas premisas acerca de la alfabetización y de la capacidad de lectura en nuestro país.

Una vez constatado, en términos más bien crudos, que la escuela obligatoria produce alfabetizados pero que no forma lectores⁽²⁾, nos planteamos hasta qué punto la tarea de la escuela de lectura todavía es actual; si no ha llegado el momento de atenuar los proyectos de su costosa restauración, dejando espacio a las nuevas alfabetizaciones, empezando por la de la informática. Y ello teniendo también en consideración el hecho de que

hoy los recursos mentales de nuestros alumnos parecen anticiparse y podrían, por decirlo así, llegar antes a la cultura del año 2000.

Existen razones para tal interrogante que van más allá de la constatación superficial de que la gente que lee menos se lo pasa igualmente bien. En efecto, los defensores del inevitable desarrollo de la Galaxia Gutenberg (según la expresión de Mc Luhan) pueden hacer previsiones —no del todo infundadas— acerca de la superación del libro y del papel impreso. Resulta bastante fácil imaginar bibliotecas futuras sin libros y sin bibliotecarios, con grabaciones y selectores automáticos, que permitirán telefonar directamente a un libro, desde la telemática doméstica del 2000, obteniendo inmediatamente la respuesta. Bastaría con pulsar en el teclado de un ordenador personal los códigos adecuados, para resolver así el problema de las llamadas lecturas cognitivas o de la información *sin libros*. Por otro lado, centrándonos en el aspecto de las lecturas propiamente literarias, es todavía más fácil prever la posibilidad de la escucha generalizada de

casetes con obras de narrativa o de poesía, recitadas por lectores cualificados y acompañadas del comentario de especialistas. Y también esto podría ocurrir *sin libros*.

Reaparece así el problema de la premisa: ¿se necesita, todavía, no ya la alfabetización, sino una «educación continuada» de la lectura en el ámbito escolar? No sería la primera vez en su historia que la escuela ha tenido que renunciar a ciertos contenidos y recortar sus programas. No es cuestión de ayer, basta pensar en la tradicional tarea de hacer cuentas, hoy vacilante y en vías de extinción por la moderna revolución técnico-cultural.

Es obvio el interés de quien ha propuesto la provocativa cuestión sobre la actitud de los jóvenes hacia la lectura con una perspectiva abierta entre presente y futuro. Habría que añadir que, en la ocasión a que nos referimos en este artículo, no hubo respuestas inmediatas y unánimes sobre el empuje de modelos culturales en auge, o sobre simples reacciones emotivas. Partiendo de un evidente interés por el problema, inmediatamente entendido en su dimensión pedagó-



gico-social, se produjo más bien una razonable «tempestad de dudas». Los jóvenes no se dejaron llevar hacia la resbaladiza vertiente de las revoluciones culturales fáciles. Por el contrario se detuvieron en esa distinción entre dos lecturas (literaria y cognitiva), conectándolas con su situación de usuarios de una escuela de tipo humanístico que, por antiguas tradiciones culturales y por recientes influencias idealistas, se ha apoyado siempre en el valor esencial de las letras. De ahí nació un repertorio de valoraciones, a menudo agudamente críticas, que oportunamente ordenadas y profundizadas pueden sintetizarse en las siguientes conclusiones.

Ante todo, la elección de los contenidos educativos no debe basarse sólo en el principio de su inmediata utilidad práctica. Pudiera darse que, aunque la necesidad de leer se hubiera acabado, persista la necesidad de las estructuras mentales del lector. Bajo cualquier clima cultural el hombre será siempre un «animal simbólico»⁽³⁾, y como tal vivirá la cultura de su tiempo en cuanto traductor de símbolos y de señales. Podría ser peligro-

sa una desmovilización educativa que no considerase por lo menos a la lectura tradicional como base formativa para todas las demás lecturas.

En lo referente a la citada aportación de la tecnología se puede afirmar que la telemática podrá, en parte, dar satisfacción a algunas demandas en el sector de la lectura por la información. Bastante distinto será en el caso de la lectura literaria (aquella que, para entendernos, puede ir a parar en casetes y auriculares) que es un hecho tan profundamente humano⁽⁴⁾ que no puede aceptar intermediarios de otra naturaleza.

Los instrumentos son aceptables si acrecientan los poderes de la persona, en vez de disminuirlos con la ilusión de su facilidad. Es cierto que los japoneses consiguen componer innumerables variantes de sus típicos poemitas confiando a una computadora una limitada cantidad de palabras y de relaciones; pero se trata de una tarea absolutamente marginal que revela bien a las claras sus límites.

Esas lecturas literarias mediante las que el lector auténtico se coloca sin intermediarios en íntima fusión espi-

ritual con el autor del libro, debe considerarse como un acto de amor: el más inmediato y personal de los sentimientos humanos, que no puede ser confiado a la máquina como un problema económico de optimización.

En este punto, ya que el interrogante que originó la discusión se proyecta al futuro, surgió el problema de si sería razonable pensar en una eventual renuncia de esas lecturas literarias. Ha sido fácil recurrir al prestigioso testimonio de B. Russell quien, previendo la robótica del mañana, percibió tiempos en los que los problemas del ocio serían más graves que los del trabajo. ¿Como conseguirá el hombre del siglo veintiuno —nos preguntamos— llenar lo que Spencer denominaba «ocios de la existencia»⁽⁵⁾? ¿Los productos de la industria de la evasión prefabricada serán útiles y suficientes? El hombre de mañana, afortunadamente no privado de alfabeto, ¿tendrá más necesidad de leer para saber, de abandonarse a la lectura para explorar la profundidad de su pensamiento y para comprender las bellezas del mundo? Si es cierto —como recuerda U. Eco— que hoy la vista

nos alcanza muy lejos porque somos enanos capaces de encaramarnos a hombros de gigantes, ¿podrá la escuela contentarse con producir, de cara al mañana, únicamente enanos capaces de encaramarse a hombros de otros enanos? Es más: ¿una escuela de lectura debilitada o limitada a textos exclusivamente cognitivos no corre el riesgo de poblar al mundo con grises multitudes de tontos instruidos?.

Se suele decir que un problema es importante cuando es capaz de multiplicar sus interrogantes y de las respuestas posibles se derivan problemas de elección. Esto pudo constatarse en la clausura de nuestro encuentro-debate con los estudiantes, ya que a algunos principios recuperados y consolidados se añadieron algunas incertidumbres recurrentes. Pero éste es el destino de la escuela: jamás puede presumir de tenerlo todo resuelto definitivamente. Éste es el motivo por el que la pedagogía no puede ser demasiado proclive a las rupturas radicales de tipo marcusiano, aunque debe permanecer siempre disponible a las renunciaciones. Paradójicamente se puede decir que, de vez en cuando y en algunas de sus partes, debe saber morir y renacer enseguida: aunque no sea más que para no acabar como los Inmortales de Gulliver, condenados a vivir en un continuo envejecimiento hasta transformarse en monstruosas ruinas vivientes⁽⁶⁾.

En este punto los jóvenes estudiantes encontraron tanto la unanimidad del consenso como la multiplicidad de la duda para las soluciones operativas. Pero a estas consideraciones los jóvenes no tardaron en añadir otra que se refiere a la situación de quien estudia hoy con vistas al mañana. La escuela puede continuar enseñando a leer aunque estemos en puertas del año 2000, ¡pero que lo haga de manera que no apague el gusto por la lectura!. Por lo menos es una conclusión interesante. Naturalmente, no se pueden liquidar precipitadamente las tareas, ingratas pero irrenunciables, de





A. RENOIR (1884)

la escuela en sus itinerarios obligatorios. Pero justamente ahí nace otro interrogante sobre nuestra cuestión, que parece destinado a no agotarse jamás. ¿Es cierto que —como afirma un escritor para niños muy sensible a este problema— hoy por hoy, mata más lectores la escuela que la televisión?⁽⁷⁾

Así fue como el encuentro se acabó con una discusión, que sigue abierta, enriquecida con difíciles interrogantes y con renovadas certidumbres. ■

Notas:

(1) El encuentro sobre «Lectura cognitiva y lectura literaria en la escuela» fue organizado por el Centro Studi di Letteratura Giovanile y se realizó en el Istituto Magistrale «R. Lambruschini» de Génova.

(2) Cfr. las notas que con el título de *Più dottori che lettori* aparecieron en «Tuttolibri» del 31-1-1987.

Entre otras cosas se lee que en Italia «el 38% de los dirigentes y de las profesiones liberales son no lectores, el 53 % de las amas de casa de la clase media-alta y —en los límites de la provocación— el 26% de los maestros» Siempre que, añadiríamos, los entrevistados hayan dicho la verdad.

(3) Se refiera a la *Filosofía delle forme simboliche* de E. CASSIRER.

(4) A este propósito es significativa la siguiente frase de V.HUGO: «La lectura, cuando no se trata sólo de un hecho escolar, es un hecho profundamente humano y, como tal, va siempre aureolado por el misterio».

(5) H. SPENCER sostenía que las letras sólo sirven para colmar los ocios de la existencia y que, puesto que ocupan las vacaciones de la vida, deberían ocupar sólo el tiempo libre de la escuela.

(6) J. SWIFT, *Viajes de Gulliver a varios países lejanos del mundo*.

(7) M. CASSINI, *Ancora sul libro di narrativa per la scuola media* en «LG Argomenti», n° 6, 1983, p.18.

Artículo traducido de la revista italiana *LG Argomenti*, n° 1, año XXIV, enero-febrero 1988. Genova.